



Universidad del Bío-Bío

Facultad de educación y humanidades

Escuela de pedagogía en Historia y Geografía

La representación de la muerte en la pintura bajomedieval y renacentista

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PROFESOR DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Tesista:

Gustavo Adolfo Lastra Valenzuela

Profesor guía: Luis Marcelino Rojas Donat

Chillan, 2023

“En memoria de mi padre Christian, quien siempre está presente en mi memoria y al cual extraño durante estos momentos, en los que estoy dando cada vez pasos más grandes”.

ÍNDICE

| | |
|---|-----------|
| ACLARACIÓN | 5 |
| FORMULACIÓN DEL PROBLEMA..... | 6 |
| JUSTIFICACIÓN..... | 9 |
| DELIMITACIÓN | 10 |
| OBJETIVOS..... | 10 |
| Objetivo general..... | 10 |
| Objetivos específicos | 10 |
| PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN..... | 10 |
| HIPÓTESIS | 11 |
| METODOLOGIA | 11 |
| 1 CAPÍTULO I: LA REPRESENTACIÓN PICTÓRICA DEL MIEDO A LA MUERTE | 12 |
| 1.1 El miedo | 13 |
| 1.1.1 El miedo a la enfermedad | 14 |
| 1.1.2 La lepra..... | 15 |
| 1.1.3 La peste “negra” | 17 |
| 1.2 El miedo al más allá | 19 |
| 2 CAPÍTULO II: LA DIMENSIÓN ESCATOLÓGICA DE LA MUERTE EN LA PINTURA | 22 |
| 2.1 El paso al más allá | 23 |
| 2.2 El después de la muerte | 27 |
| 2.3 Los momentos escatológicos..... | 30 |
| 2.3.1 El infierno | 31 |
| 2.3.2 El Juicio Final..... | 33 |
| 3 CAPÍTULO III: LA DIMENSIÓN MACABRA DE LA MUERTE | 35 |
| 3.1 Lo bello, lo corrupto y lo macabro..... | 36 |
| 3.2 La danza de la muerte..... | 38 |
| CONCLUSIÓN | 41 |

| | |
|-----------------------------------|-----------|
| ANEXO | 43 |
| BIBLIOGRAFÍA GENERAL | 53 |

ACLARACIÓN

Las imágenes de este documento están adjuntas en una sección aparte del texto en cuestión, antes de la conclusión en un apartado con el nombre de anexo, para aclarar dudas por si se necesitan con relación a algún análisis dentro de la lectura.

FORMULACIÓN DEL PROBLEMA

La visión que ha tenido la humanidad de la muerte no ha sido la misma desde la formación de las primeras civilizaciones, teniendo esta un carácter bastante variado dependiendo de su tiempo histórico, lugar e interpretación la cual genera en las personas diferentes formas de adoptarla para sí poder seguir con su cotidiano sin ser atormentados por la idea que en algún momento de su existencia esta llegara a ellos.

A lo largo de la historia se han manifestado diferentes formas en las cuales se puede apreciar un culto o presencia de la muerte en la vida de las personas, tanto en costumbres y tradiciones de carácter religiosas como en expresiones artísticas que van desde la literatura, la dramaturgia, la escultura, el arte pictórico, entre otros. Y es en el movimiento artístico pictórico y acentuando en el arte medieval y moderno donde se destaca más cuan era la importancia que tenía la muerte en la sociedad europea, y como esta de la misma forma cambia tan abruptamente su cosmología y percepción en un periodo tan corto de tiempo.

Según del texto de Ernst Gombrich “Historia del Arte”, se inicia hablando de lo que representa el arte y los artistas, enfocándose en la idea de que estos son de un carácter subjetivo y que su valor dependerá de cada individuo y su visión pero que influye de forma significativa como está formada la visión de este. Con relación al arte se menciona que no necesariamente nos llama la atención la obra, sino lo que nos hace sentir, los recuerdos y las emociones que nos provoca y que de esta misma idea no se debe tener prejuicios que nos limiten al arte. Menciona además que la hermosura de un cuadro no reside esencialmente en su belleza, sino en la pasión que el artista deja en su obra, tomando como ejemplo los retratos de Pedro Pablo Rubens quien dibujo a su hijo y Alberto Durero quien dibujo a su madre anciana y los compara a los ojos de un espectador y a sus propios ojos. El desprecio de una obra por la mera ingenuidad de que esta está hecha con menos dedicación o esfuerzo es caer en un error al momento de estudiar y apreciar obras de diferentes artistas. Este punto lo destaca al momento

de señalar que no se debe desvalorizar el esfuerzo de un artista al momento de retratar la “realidad” y no descartar el más mínimo de los detalles, pero de igual manera no menospreciar a quienes pareciese que “no se esfuerzan demasiado”. Para este caso destaca el trabajo de Pablo Picasso. Todo artista tiene el suficiente conocimiento en su área para trabajar y corregir errores o no, lo burdo de una ilustración no necesariamente se debe a la falla del ilustrador, sino a lo que él quería representar en esta. Otro punto que toma es una falsa percepción del arte desde la educación de un ideal preconcebido de las cosas. El cielo es azul y el pasto verde y no puede ser de otra manera. No dejarse encasillar por concepciones las cuales pueden limitarnos de poder apreciar otras obras de artistas o descartar objetos de estudio por no ser “correctos” a lo que se está acostumbrado. Este da como ejemplo el simple trote de un caballo y como este ha sido retratado a lo largo de la historia y el error de percepción que se tenía de su andar. Cuando se perfecciona la fotografía y se logra distinguir su correcto galope, al momento de retratarlo solo se puede distinguir la diferencia al comparar y no a la obra en sí, lo cual generó el rechazo del público. Por último destaca el hecho de ser conscientes de lo que el artista quiere expresar en su arte y que solo en ese momento uno como espectador es capaz de comprender verdaderamente lo que se nos ha presentado y con qué fin, mencionado el hecho de que, no muy alejados de la realidad de un artista, cada uno hasta en el más mínimo y mundano de los escenarios ha vivido y sentido lo mismo que un artista cuando este está frente a un lienzo, momento en el cual no sabe por qué ni como se impulsa pero se siente en la necesidad de cambiar, crear, quitar o agregar para alcanzar lo que él considera la perfección. Ernst Gombrich resalta fundamentos importantes a tomar en cuenta al momento de estudiar diferentes obras artísticas y comprender su trasfondo desde la mirada del autor.

Según del texto de Robert “La gente de la Edad Media” inicia hablando de como la edad media más allá de los términos o las ideas bajas y prejuiciosas de una época terrible y oscura, donde solo se hace alusión a los caballeros, los nobles, los reyes y los monjes, presentándonos una mirada más real de lo que fue una época en donde también existía gente común, hombres y mujeres que vivían el

cotidiano de formas no tan diferentes a como lo hacemos nosotros o como lo hicieron antes, personas que tenían preocupaciones, necesidades, deseos, temores y miedos, malestares e iras. Citando al mismo Fossier “el hombre del que voy a hablar no es ni caballero, ni monje, ni obispo, ni importante, ni siquiera burgués, comerciante, señor o culto. Es un ser humano a quien le preocupan la lluvia, los lobos, el vino, el dinero, el feto o incluso el fuego, el hacha, los vecinos, el juramento, la salvación, todo aquello de lo cual solo se nos habla ocasionalmente o por omisión, a través del prisma deformante de las instituciones políticas”. Estas ideas o formas de ver y estudiar una realidad, muchas veces malinterpretada, dan nuevas y mejores formas de entender y comprender hechos o comportamientos específicos, como las costumbres, las tradiciones, las formas de socializar y coexistir que había durante este mal llamado “oscurantismo” y ahora reconocido como medievo o época medieval.

Con relación a la muerte, este inicia haciendo alusión a el valor de la vida humana en nuestros tiempos, como los medios de comunicación influyen en nuestra percepción de la muerte mediante el uso de eufemismos y cifras para referirse a muertes de grupos o sectores de la sociedad en particular. La desvalorización de la muerte como principal enfoque en una sociedad la cual acepta el fallecimiento de minorías pero llora la pérdida de militares o figuras públicas. También menciona la desvalorización de conceptos los cuales de igual manera se relacionan con su uso constante para referirse a hechos actuales, tales como la palabra genocidio, tan trillada y vacía pero a la vez fuerte, todo dependiendo de su contexto. Señalando hechos como las primeras dos guerras a que marcan la primera mitad del siglo XX y también los genocidios aborígenes que tuvieron lugar en el territorio americano, dejando en evidencia que sus víctimas fallecieron por un propósito, en cambio los que cayeron por la peste negra no lo tuvieron, ellos se fueron sin haber perdido ni recibido nada a cambio. Se ha reflexionado, estudiado y escrito tanto sobre la plaga que ya no se puede pretender decir nada nuevo. Bajo este alero destaca observaciones de esta misma: la peste y su origen, como esta atacaba a sus portadores tras pocas horas de incubar y como esta fue mucho más violenta en sus primeros años de aparición, en el siglo XIV (1348-51). Luego

habla de lo mal enfocada que estaba la visión de la sociedad europea con relación a la enfermedad y la ignorancia al momento de buscar una solución. Finaliza mencionando como esta misma plaga los siguientes años azoto el occidente fue disminuyendo su agresividad debido principalmente a la resistencia que fue heredada por los sobrevivientes de las anteriores epidemias. La peste negra o “muerte negra” no solo debilito un puno importante de la demografía de la Europa occidental sino que también su inestable organización política y desbarato su economía, como también el debilitamiento de la religiosidad cristiana más joven y el avance brusco del islam en territorios azolados por la muerte.

Según del texto de Jacques Le Goff “Una Edad Media en imágenes” se trata el tema de la muerte desde un enfoque completamente religioso. Las personas del medievo tenían una percepción de la muerte enfocada mucha más en lo que viene después de esta más que en esta misma. Y es al final del Nuevo Testamento y siendo este un libro aceptado canónicamente por la iglesia católica, el apocalipsis se vuelve la más grande influencia de cómo será el final de los tiempos para la humanidad. Llena de sucesos los cuales vacilaban entre lo maravilloso y lo terrorífico, esta representa una influencia en las creencias de una sociedad sometida por una fuerte institución religiosa. Existía así una expectativa para los cristianos la cual oscilaba entre la esperanza de la salvación y la vida eterna y el miedo a la condena y una muerte eterna que perseguirá a los condenados y los hará sufrir. El miedo al infierno, que muchas veces es más fuerte que la esperanza del paraíso, es uno de los componentes fundamentales de la psicología y la mentalidad medieval.

JUSTIFICACIÓN

El propósito de esta investigación surge de la necesidad de comprender como los movimientos artísticos expresaban el desarrollo de una sociedad en constantes cambios, enfocando nuestra atención en el espectro de la muerte y como esta influía en el cotidiano de las personas. Si bien los temas enfocados en la muerte y su relación con movimientos artísticos no es nuevo al momento de estudiar, se

pretende abordar esta temática de modo novedoso dando mayor enfoque a los movimientos artísticos y su importancia en el desarrollo de una sociedad, ya que el arte es el medio por el cual el ser humano expresa sentimientos y visiones de su entorno las cuales no siempre se pueden expresar con palabras.

DELIMITACIÓN

La delimitación temporal de esta investigación es entre la baja edad media y los inicios de la modernidad, los siglos XIV, XV & XVI y la delimitación espacial es el continente europeo.

OBJETIVOS

Objetivo general

Describir y analizar la muerte a través de la pintura bajomedieval y renacentista

Objetivos específicos

- Analizar la representación pictórica del miedo a la muerte.
- Analizar la dimensión escatológica de la muerte en la pintura.
- Analizar la dimensión macabra de la muerte en la pintura.

PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN

- ¿Cómo se puede explicar la importancia de la muerte durante la época medieval y renacentista a través de la pintura?
- ¿Cuáles son los motivos por los que el miedo a la muerte tiene tanta relevancia en el arte pictórico bajomedieval y renacentista?
- ¿Cuál es la dimensión escatológica y macabra de la muerte en el arte bajomedieval y renacentista?

HIPÓTESIS

La muerte en sí es uno de los temas que más marca el periodo de la Edad Media, ya que es una circunstancia la cual se vive constantemente en el cotidiano de las personas que pasaban por epidemias, conflictos bélicos y catástrofes naturales. De la mano con una religiosidad latente en una sociedad temerosa del vivir y más aún del morir, la influencia de escenarios bíblicos en el arte medieval es incuestionable y más si se trata de dimensiones relacionadas con el más allá y como se sentía la muerte misma en el plano terrenal.

METODOLOGIA

El estudio presente corresponde a una investigación de tipo cualitativa por las partes que la integran, tanto la interpretación de fuentes, la búsqueda y recolección de estas, entre otras.

Se recolectaran datos a través de la revisión de documentos y búsqueda de fuentes primarias de carácter iconográfico.

La investigación se basara en el estudio de fuentes escritas e iconográficas, por lo que se utilizará el método histórico.

La triangulación de las fuentes será a partir de un análisis de fuentes tanto primarias como secundarias y además del análisis de imágenes a través de su simbología, caracterización y estilo del arte.

1 CAPÍTULO I: LA REPRESENTACIÓN PICTÓRICA DEL MIEDO A LA MUERTE

Mucho de lo que sabemos acerca de la Edad Media en la actualidad se lo debemos a los textos, las crónicas, los documentos bíblicos y las expresiones artísticas que perduran durante los siglos, entre las que se destaca el trabajo grabado e ilustrado que caracteriza a este periodo. Un trabajo muchas veces cuestionado por sus “únicas e inusuales” ilustraciones que no resaltan precisamente por su belleza, pero que resultaban sorprendentes por sus formas, casi como si fueran esquemas lineales complejos los cuales le daban vida a los santos o los monjes que se buscaba retratar en las biblias, o a los guerreros e invasores que se representaban en frescos o telares. Y estas características se deben exclusivamente al encuentro de dos tradiciones artísticas: la tradición clásica europea y la tradición de los artistas nórdicos, que crean algo enteramente nuevo y único, el arte medieval.

Un arte fuertemente influenciado por las ideas cristianas de la Iglesia, pero de la cual también se aprecia un cambio en su tradición tan característica, específicamente cuando se trataba de representar una escena sagrada. Ya que bien, bajo la tradición clásica y cristiana al momento de replicar una escena o a un santo este se solía mostrar de una forma única predeterminada, la cual era bien, la forma correcta de representación. Pero entre los artistas e ilustradores medievales surge la idea de la interpretación. “En pinturas como esas, observamos el nacimiento de un nuevo estilo medieval, que hizo posible para el arte algo que ni el antiguo oriental ni el clásico habían realizado: los egipcios plasmaron lo que sabían que existía; los griegos lo que veían; los artistas del medievo aprendieron a expresar lo que sentían”. (Gombrich, 1999, 165). El expresar sentimientos en las pinturas, los tallados o las ilustraciones es lo que destaca al arte medieval por sus antecesores. “No se puede hacer justicia a ninguna obra de arte medieval sin tener presente este propósito, pues esos artistas no se proponían crear una imagen convincente de la naturaleza o realizar obras bellas, sino que deseaban comunicar a sus hermanos en la fe contenido y el mensaje de la historia sagrada”.

(Ibídem). Y gracias a esa necesidad, ese deseo de comunicar un sentimiento y expresar la emoción humana a través grabados o ilustraciones y pinturas que el análisis y la comprensión de momentos históricos del medioevo se puede explicar de forma más clara y concreta, que es lo que se busca específicamente en esta investigación y que tiene relación con un estado natural del ser humano y una de las sensaciones más comunes de las cuales se puede tener data de su existencia: la del miedo, y como ésta se ve reflejada en una de las épocas más turbulentas y estigmatizadas de la historia de la humanidad.

1.1 El miedo

La Edad Media puede ser una de las épocas históricas más conocidas por el común de las personas hoy en día. Es difícil no conocer a alguien que al preguntarle sobre este periodo no se le venga a la mente las figuras más representativas o bien los estereotipos más comunes de la época: el caballero de reluciente armadura, el monje enclaustrado en un lejano monasterio, el campesino que vive las penurias del trabajo feudal, los castillos de piedra enormes y majestuosos, las guerras e invasiones constantes, las enfermedades mortales que caracterizaron este tiempo y por sobre todo, el miedo. Ese miedo que pareciera ser el sentimiento más común en las personas del medioevo, un miedo constante y latente, casi normal que abarcaba demasiados aspectos del cotidiano de las personas pero, ¿Qué era lo que generaba ese sentido del miedo en las personas? ¿Fue tan difícil vivir en el medioevo?, ¿Cómo la gente podía conllevar ese enorme pesar en sus vidas? Si bien el temor no era una sensación de cada segundo sí que lo era en el cotidiano y esto se da por el turbulento periodo lleno de conflictos bélicos y escaramuzas durante sus primeros siglos; de las devastaciones provocadas por las epidemias y plagas de aquel entonces, sin dejar de mencionar el constante suplicio que dejaba la iglesia y la ferviente cristiandad en término de “cómo se debe vivir” y que se debe hacer para evitar el peor y más terrible de los finales, el más allá.

1.1.1 El miedo a la enfermedad

Se dará inicio entonces, con uno de los temores simples pero a la vez más destacables y característicos de este periodo histórico, el miedo a todo lo relacionado con lo que afecta y maltrata el cuerpo del hombre llegando a este de la formas más silenciosa y solo dándose a mostrar cuando esta estaba en una etapa ya avanzada, la enfermedad.

¿Que no es el miedo a la enfermedad uno de los temores más comunes de la humanidad? Todos tememos a la vil enfermedad, por muy pequeña e insignificante que sea, por muy simple de aliviar el tan solo hecho de sentir algún malestar corporal o la sensación de cansancio y agotamiento ya es una mala señal, y en la edad media esto se sabía, aunque no existiera un conocimiento tan vasto como se tiene hoy en día con relación a la medicina moderna, las señales de una fiebre podían tener resultados tan fatales como lo son el cáncer pulmonar o el mismo covid-19. Más aún cuando las formas tradicionales de sanar dichos malestares eran por medio de curación superficiales: la utilización de compresas o bien pociones hechas a partir de opiáceos y aceites; sangrías o ungüentos a partir de hierbas machacadas eran muy comunes en aquel entonces pero poco o nada lograban contra enfermedades que terminaban con la vida de su pobre portador. Muchas de estas enfermedades se deben a características del ambiente en el cual se vivía, las condiciones poco higiénicas que solían llevar tanto campesinos como soldados y la precariedad de los alimentos que ingerían. La disentería, el tifus, el escorbuto eran enfermedades comunes para la época pero no tratables o bien, no reconocidas como tal. “La fiebre no es más que un síntoma que enseguida se nota en los enfermos. Pero cuando se manifiesta de forma intensa, con fuertes dolores o vómitos, tenía que verse como síntoma de un mal específico: fiebre amarilla, cuartanas, sarpullido, sudores febriles, todas esas manifestaciones que la ciencia actual hoy en día logra distinguir con facilidad, por aquel entonces solo se consideraban variantes de “peste de las marismas”. (Fossier, 2008, 17). Una persona podía morir de una simple gripe si es que esta no se trataba de forma temprana. Y tampoco se puede confiar que el tratamiento aseguraría la salud del

enfermo y si lo llegase a lograr o bien fue un increíble golpe de suerte o la divina providencia tenía bajo su amparo a esa persona. Y debido a esto se tenía la concepción de que muchas de dichas enfermedades eran tomadas como muy contagiosas, por lo que en reiteradas ocasiones se ponía en cuarentena a grandes cantidades de personas o bien a ciudades para mantener a raya la enfermedad. Aunque muchas de estas enfermedades comunes si tenían dicho carácter habían muchas otras las cuales no lo eran y terminaban dejando a su propia suerte a los enfermos que prontamente encontraban su destino con la muerte.

1.1.2 La lepra

¿Pero cuál era el rasgo más característico que atormentaba a la gente de la Edad Media con relación a la enfermedad y del cual era casi inevitable de ocultar ante los ojos de los demás? Las lesiones de la piel. Ésta era una clara diferencia entre una persona sana y de buena salud, normalmente asociada con la gente rica y noble; de una persona pobre y común. Y si bien era común que entre las mismas personas de riqueza existiera la costumbre de utilizar cremas y pinturas para ocultar las imperfecciones de la piel, existía una enfermedad la cual no perdonaba estrato ni era sigilosa al atacar el cuerpo humano: la lepra.

“...relatos repetidos sobre enfermos cubiertos de costras repugnantes, de escamas innobles, andrajosos, meneando una campanilla y forzados a refugiarse solo en una morada infecta, alejados de la vida en comunidad... (Ibídem). Como narra Robert Fossier, era el destino de las personas que estaban infectadas o eran sospechosas de serlo, perdieron contacto con la sociedad, quemando sus casas y pertenencias que posiblemente por este mismo temor al contagio eran eliminadas, para así evitar caer en tan hórrido final, solo para terminar falleciendo en la soledad de un recinto, enclaustrado y desdeñado por la enfermedad. Un ejemplo claro de esto es la miniatura extraída de un códice donde se nos muestra como una persona se aleja con temor de dos leprosos, los cuales están representados de forma andrajosa: el primero portando una campana, normalmente utilizada para hacer notoria su presencia por donde este transitara y el segundo representado

con muletas y una enorme herida en su pierna, los dos evidenciando la enfermedad en su piel. También se logra destacar como la persona no contagiada se resguarda de estos dos leprosos tras los muros de un castillo, haciendo alusión a la marginación social que vivían estas víctimas de la lepra. (Figura 1)

Lo mismo sucede con la siguiente imagen, donde la miniatura representa a un leproso lisiado, sentado con una campana en la mano, objeto casi característico de las representaciones de estas personas. En la imagen se logra apreciar como la lepra le ha quitado tanto un brazo como una pierna y como éste cubierto con sus ropajes a la vez cubre con vergüenza su enfermedad del resto. (Figura 2)

Y es que la lepra no solo era un símbolo de un destino horrible sino también de pecado para la cristiandad, ya que la Iglesia catalogó de enfermedad moral y de pecadores a quienes padecían de lepra. Una idea clara de esto se puede apreciar en la miniatura de un códice catalán donde se retrata un fragmento del antiguo testamento, específicamente del libro de Job, quien es puesto a prueba en diferentes oportunidades para demostrar su fidelidad ante Dios y al cual en la imagen se le ve sufriendo de incontables heridas expuestas producto de la lepra, como un desafío para medir su fe. El hecho de volver dicha enfermedad casi un castigo divino da a entender el peso de ésta tenía no solo a nivel social sino también cultural y como la institución cristiana controlaba a través del miedo a la población más vulnerable. (Figura 3)

Pero de la misma forma que llegó la lepra, también desapareció. Aunque si existían puntos donde llegaban enfermos de lepra durante el siglo XVII estos ya no eran debido a la enfermedad por sí, sino eran concentraciones de proscritos. Aun así la lepra quedó marcada en el subconsciente de las personas de esta época, ya que lo más terrible de esta enfermedad eran sus secuelas y lo que provocaba en el cuerpo humano. La necesidad de ocultar todo lo negativo de los ojos, especialmente lo relacionado con el cuerpo humano se verá relacionado a otros aspectos más adelante en la lectura.

1.1.3 La peste “negra”

A lo largo de la Edad Media y los años venideros a ésta hubieron muchas enfermedades y epidemias que asolaron a una sociedad europea ya en una situación compleja social, política y culturalmente, pero de todas las anteriores mencionadas no existe una más conocida, cruel y violenta que se llevó la vida de millones como lo hizo la “muerte negra” o “la peste negra”.

Con los años se ha logrado estudiar, reflexionar y escribir tanto sobre esta plaga que casi no puede decir nada nuevo, pero eso no nos impide repasar sus puntos más importantes y necesarios, como su carácter y cómo fue cambiando de siglo en siglo durante este periodo.

La peste negra es uno de los eventos más importantes y que más marcó este periodo histórico por su dimensión a nivel pandemia, ya que esta logró arrasar con aproximadamente 20 a 25 millones de personas en su auge, entre los años 1348-1351, devastando casi un tercio de Europa occidental y ganándose un estigma y un terror tan grande que su fantasma seguía recorriendo el viejo continente en los años siguientes aun cuando su mortalidad no era tan grande como en sus primeros años. La miniatura del códice Stiny nos muestra cómo era vista la peste, presentándose con la forma de un cadáver demacrado, representando a la muerte, estrangulando a una víctima en su cama, dando a entender que era esta la que te buscaba y te podía llevar en cualquier momento del día, incluso en el mismo hogar, así aumentando el terror hacia esta. (Figura 4). Se tiene conocimiento de sus dos formas más contagiosas; la pulmonar que es mortal en el 100 por ciento de los casos y la bubónica, donde uno de cada cuatro enfermos puede tener esperanzas de salvarse al cabo de cuatro días. Fue la primera que predominó durante el siglo XIV y que consiguió toda reputación maligna de leyenda pero fue la segunda la cual se plasmó en el arte medieval y renacentista, ya que sus características eran mucho más visibles y como se ha mencionado antes, lo que causa más impacto y a lo cual se le teme con mayor fervor es a lo que uno observa en la piel. Una de las obras que nos da a entender un poco mejor

cómo fue el impacto de la peste es el triunfo de la muerte de Pieter Brueghel, pintor renacentista el cual nos muestra un panorama desolador de la sociedad medieval, siendo asolada por un ejército de esqueletos comandados por la misma muerte, la cual cabalga un corcel enfermo y en los huesos, acabando con los que se crucen en su camino, sin importarles edad o estrato social, atacando tanto a nobles como campesinos y dejando solo muerte y terror en los habitantes de las ciudades las cuales arrasa. (Figura 5). Es mucho lo que se puede desprender y analizar de esta obra, pero nuestro enfoque actual nos concentra en la carga simbólica que tiene la peste en las personas y en la sociedad medieval.

Pero cómo perdura una enfermedad durante tanto tiempo sin poder contenerla de alguna forma para así evitar el terror de convivir con la muerte cada día. Existen bien, dos razones que pueden explicar esto: la primera es la más simple y tiene relación con la forma de propagación. Al igual que con la antes comentada lepra, se creía que la peste negra se propagaba mediante el contacto con los enfermos y sus pertenencias, por lo que se solía quemar e incinerar sus hogares, sus ropas y todo aquello que tuvo contacto con el contagiado. Pero ¿Qué sucedía con un cuerpo muerto de peste? Dentro de una sociedad cristiana el plantearse en quemar los cadáveres era una cosa impensable ya que, contagioso o no a éste se le debía dar un santo sepulcro y eso se fue complicando con las pilas de muertos que empezaron a inundar las calles de las ciudades afectadas por la plaga. Esto lo deja en evidencia la ilustración del código *piertart dou tielt*, donde se aprecia cómo los ciudadanos de *Tournai* (actual Bélgica) tienen la labor de llevar y enterrar a los caídos por la peste. Es importante destacar las expresividades de sus rostros, tristes y decaídos, rostros marcados por el sufrimiento y el miedo a esta plaga que no cesa, no se detiene y sigue con su camino de muerte y desolación. (Figura 6)

La otra razón fue la dificultad con la que en aquel entonces se trató de identificar los agentes propagadores de la peste, en la que fracasaron por completo, las personas corrientes tendían a recurrir a conjuraciones astrales, buscaban respuestas culpando a grupos étnicos que envenenar los pozos o a los animales e incluso y siendo la razón más aceptada sin discusiones asimilaban dichas

calamidades a la furia de Dios. Increíblemente las mismas personas las cuales dejaban registro de la plaga y la vivían cotidianamente con ella, los eruditos y monjes no prestaban atención a las ratas y las pulgas que éstas portaban, ni a las picaduras de estos pequeños insectos en los cuerpos enfermos; las cuales se asociaban a otros síntomas de la enfermedad. La mala observación de la enfermedad y la ineficiencia profiláctica de aquel entonces hizo que la epidemia de 1348-1351 se llevara consigo la vida y la tranquilidad de millones.

Pero de la misma manera que la lepra, aunque no de forma tan repentina y volviendo cada siglo de forma más leve y violenta, la peste fue desapareciendo de Europa, aunque su paso por esta conservo su legado marcado por la muerte y el terror que dejó en sus habitantes.

1.2 El miedo al más allá

Si bien primeramente nos hemos planteado que este miedo casi innato a la muerte ha existido en la sociedad europea medieval, no nos hemos preguntado cual fue el inicio de este mismo, donde y como comenzaron las personas a temerle a lo que había más allá de la vida terrenal, cruzando ese umbral entre lo vivo y lo muerto.

La muerte es, como bien dice Robert Fossier, el personaje principal de la aventura humana. Ya que mucho antes de que occidente se declarase cristiano ya existían nociones de lo espiritual, ya dominaba las relaciones familiares, era condicionadora de la economía y el centro de atención de cualquier forma de meditación o espiritualidad. (Fossier, 2008, 106).

La creencia en el más allá, tanto en el mundo occidental como fuera de éste, la convertía en la base del miedo y a su vez en el punto de partida de la esperanza, el final del cuerpo y sus miserias, el principio del momento en el que se juzgarían las almas. Y como no era posible evitar este final y su sentencia, se adquirió la noción entonces de “acostumbrarse a ella”, a normalizar este proceso, hacerla accesible y aceptarla como un nuevo comienzo para las personas, llegando

incluso a ser algo deseable. Así es como las personas fueron aceptando a la muerte como algo común, aunque si el proceso de la separación y el luto eran dolorosos se trató de aceptarlo con la fe de la idea de la inmortalidad del alma. Y fue dicha idea la que amortiguó el miedo a la muerte y logró tomar un peso importante entre el común de la gente.

La idea de la inmortalidad del alma toma un sentido totalmente diferente, la muerte se vuelve un nuevo comienzo; un principio, un retiro eterno en el cual uno se encontraría con los antepasados y vivirían en la gloria y la luz.

Es bien sabido que las tribus germánicas tenían costumbres mortuorias apegadas a sus tradiciones, como lo eran la cremación en algunos caso y que para ellos existía un más allá glorioso que los esperaba entonces ¿Cuándo fue que cambiaron estas nociones y las personas empezaron a temerle a lo que sucedía después de la vida terrenal?

Mucha fue la influencia de la cristiandad en esto, ya que como ésta poco a poco fue ganando influencia en la vida y en las creencias de las personas en el medievo fue moldeando muchas tradiciones a su favor y eliminando otras, todo bajo el amparo de la misma promesa antes prometida, la vida y el descanso eterno, pero esta vez con restricciones y bajo ciertas condiciones, aunque ésta era asegurada para todos los creyentes de la fe. ¿Y qué sucedía con los no creyentes? ¿Con los llamados pecadores o bien conocidos en aquel entonces infieles? Para ellos les esperaba el peor de los destinos, nada de luz y gloria; nada de descanso eterno y armonía, ellos terminarían con su alma condenada al tormento eterno en el lugar más vil, lúgubre y maligno para el ser humano y la cristiandad: el infierno.

El infierno es uno de los temores más comunes y recurrentes en la vida de las personas y también en el arte medieval y renacentista. Ha inspirado tanto a todas las ramas del arte conocidas como lo son la pintura, la lírica, la literatura, la dramaturgia y muchas más, ya que, ese lugar no es más que el sitio que alberga los males más terribles para la humanidad y donde los pecadores sufren y son castigados por toda la eternidad. Lugar que por defecto todo hombre, mujer,

infante y anciano está condenado por el pecado original y que solo una vida terrenal de arrepentimientos y redenciones podrá liberar al alma de tal cruel destino.

Ahora bien, imaginemos ser un simple ciudadano medieval, que un hombre tildado de sacerdote nos diga que nuestra alma está condenada desde el principio de nuestros días por el simple hecho de haber nacido es ridículo y absurdo, ¿Pero cómo desconfiar en la palabra de quien dedica día y noche a la fe? Además este hombre me dice que me puede guiar al camino del descanso y la tranquilidad eterna para mi alma, para uno, un simple ciudadano común, el cual poco y nada sabe de la vida y menos tiene conocimientos académicos como para plantear algo diferente a la religiosidad. Además de vivir en una época donde la influencia y poder de la Iglesia era imponente, siempre respaldado por los regentes de turno y que cualquier conducta inapropiada podría costar caro.

El común de las personas no cuestionaba en mayor medida lo que se les decía que era lo correcto y lo que no, la fe de un hombre y la necesidad de sobrevivir a ambientes hostiles son dos cosas difíciles de romper; y ambas se dan en el contexto ideal de la época medieval, por lo que si las santas escrituras decían que iría al infierno y recibiría a la condena eterna si no era una persona de fe, ciega e incorruptible, entonces mis opciones era simples y claras: aceptarlas sin importar nada más.

Y de la misma forma se fue interiorizando en las personas la idea del infierno, un inferno cercano casi a un paso de distancia, mediante relatos bíblicos, parábolas y muestras de arte en sitios sagrados, enormes y fantásticos murales donde se podían apreciar representaciones aterradoras del averno, lleno de fuego y demonios, donde los infieles era castigados y sometidos a horribles actos de tortura, como lo es el caso de la curación de Lázaro, obra de Konrad Von Soest, pintor alemán del periodo bajomedieval en la que nos presenta una clásica parábola de la biblia, la cual nos presenta dos horribles casos: la lepra en la que estaba sumido Lázaro y los horrores del infierno a los que tenía que está sometido Epulón, como sentencia de su avaricia y arrogancia en vida. Una imagen cruel

pero que tiene un mensaje claro, el camino del hombre está rodeado de pruebas, hechas para demostrar si se es digno o no de la salvación o bien, la perdición eterna. (Figura 7). Otros eventos que rodearon esta época también sirvieron de respaldo para reforzar esta idea del infierno y el castigo divino por los pecados del ser humano, como las plagas; las enfermedades anteriormente mencionadas, las hambrunas y los conflictos bélicos tomaron rápidamente tintes religiosos e hicieron que se fortaleciera más el temor al valor del alma y su final más allá de la muerte. Es cuando surgen las ideas de los temores escatológicos en la sociedad medieval cristiana. Temores fuertemente relacionados a las enseñanzas bíblicas y los últimos momentos del ser representados en obras artísticas y literarias que mantenían a raya las conductas de la gente y los volvían presa de sus pensamientos al vivir con el constante miedo de lo alcanzado lo más deseado en aquel entonces: la salvación eterna.

2 CAPÍTULO II: LA DIMENSIÓN ESCATOLÓGICA DE LA MUERTE EN LA PINTURA

La influencia de la religiosidad en la vida de las personas de la Edad Media es un tema indiscutible, la sociedad medieval estaba fuertemente dominada por las relaciones entre el hombre y Dios, como menciona Jacques le Goff, en un marco de religión cristiana y mucho de esto se debe al estudio y la práctica de las sagradas escrituras. Ésta se preocupa de situarse en un tiempo histórico adecuado para su desarrollo, un inicio del todo; la creación, un momento considerado como refundador; la encarnación y un fin a todo este ciclo; el juicio final. (Le Goff, 2009, 68). El hombre se gobernaba bajo esas ideas y éstas regían su existencia terrenal durante todo lo que durase, llegando incluso, como se ha mencionado en el capítulo anterior, a dedicar la vida entera única y exclusivamente a ser una persona la cual sea devota y digna de alcanzar la salvación o también conocida como la gloria eterna.

Bajo esta misma idea y enseñanzas cristianas medievales surgen así los miedos que la misma cristiandad señalaban e inculcaban en sus relatos: los castigos

divinos, los demonios, el infierno y el temido juicio final, donde Dios (Cristo en la mayoría de los casos) en persona descendería a la tierra para juzgar los pecados de cada uno y determinar su destino. Conceptos que están muy relacionados a la escatología, el estudio y la comprensión de lo que sucede durante y después de la muerte, en el más allá específicamente y con relación al alma, y que en la edad media tuvo bastante relevancia y de la cual se desprenden los temores más representados en los movimientos artísticos de esta época y en nuestro punto de estudio, la pintura.

Ya qué en palabras del papa Gregorio el grande “la pintura puede ser para los iletrados lo mismo que la escritura para los que saben leer”, la habilidad que se generó para mostrar con claridad y expresividad las emociones y los tormentos en cada trabajo artístico pictórico fue lo suficientemente concreto para mantenerse en la retina de quienes lo observasen y así temiesen. El impacto que generaba en la gente del medievo ver criaturas antropomórficas con rasgos animales someter y castigar personas, grandes demonios devorando gente la cual deja en su expresión sólo dolor y agonía y bestias aberrantes que pisarán la tierra y serán la perdición en el día del juicio final era incalculable, más aun en una sociedad temerosa de lo desconocido y de lo que habitaba más allá de las ciudades o poblados y que se podía esconder entre los árboles y los campos durante la noche.

2.1 El paso al más allá

Un aspecto el cual es difícil pasar por alto es la espiritualidad de las personas de la Edad Media en relación a sus ritos mortuorios: ¿Cómo eran dichos ritos? ¿Se diferenciaban de los que nosotros en la actualidad tenemos? ¿Cómo era vivir el luto de la pérdida y que tan impactante era esta pérdida en una comunidad medieval? Durante esta época lo único que diferencia al rico del pobre era bien sus apariencias he incluso esto se destacaba en el momento de rendirle honores en su fallecimiento, pero al momento del cruzar el umbral, no había ninguna diferencia entre cada hombre, mujer e infante, eran todos iguales. Y eso es lo que

vuelve la muerte algo tan especial, ya que en todos los siglos y en todos los tiempos ésta ha sido y será una aventura individual. De esa misma forma se fueron formando ideas y conceptos relacionados a la muerte para cada individuo, pero en un mundo que se enfrentaba a la muerte sin descanso ¿Cómo era posible formular dichas ideas? Bueno, fue la Iglesia la precursora que se esforzaba en dar una imagen confortable y aceptada del fallecimiento, catalogada como una “muerte buena”, una donde los últimos momentos de quien esté a punto de cruzar hacia el otro lado sean en su cama y rodeado de sus seres queridos, en un ambiente tranquilo y de paz. Pero dicha idea no podía estar más alejada de la realidad que se vivía día a día en el medievo.

No obstante, la muerte, de forma triste o plácida, estaba rodeada por todo un aparato consuetudinario. Ésta era bien, un paso, un rito casi institucional de la vida social de la Edad Media, ya que aunque el moribundo no estuviera en estado para participar de un manera lúcida si lo estaba la familia, la comunidad cercana e incluso la aldea, la cual rodeaba la casa mortuoria casi como si se tratase de un evento o una festividad, pero con un peso y un tono mucho más lúgubre. No faltaba tampoco la compañía de un ministro de Dios quién rezaba salmos al cielo levantando evocaciones para la buena muerte, oraba plegarias para el perdón de los pecados y pedía una última súplica por la salvación eterna en lo que era una ayuda para el moribundo, si es que aún era consciente de sí mismo. Pero todos estos ritos de acompañamiento tenían como fin en realidad, más que darle una despedida digna al que ya pronto no estaría en este plano, conseguir cohesión y consolidar lo que es la comunidad de los vivos, mantener a los que aún no les toca tomar ese camino fuertes y unidos, fieles a las tradiciones.

Ésta era la conocida como “buena muerte”, ¿Pero qué sucedía con las otras muertes?, con las llamadas o planteadas “malas muertes”. Existía bien el caso de los niños, aquellas almas puras e inocentes que por desgracias de la vida terminaban falleciendo antes del parto o después de nacer y éstos no eran bautizados, ¿Qué pasaba con sus almas? Quedaban en el limbo, en llamados “santuarios de descanso” por el resto de la eternidad, esperando el día del juicio

final donde serían juzgados y ascenderían al lado de Dios, o bien, esa era la idea que se quería y que creía. Era un final aceptado y bien recibido para un infante quien no alcanzaba a vivir el tiempo en la tierra, pero en el caso de los condenados en vida, ¿Era simplemente para ellos esperar su final en el cual recibirían la condena eterna en el infierno? Pues bien, en muchas oportunidades estos pecadores o criminales tenían la oportunidad de redimir sus pecados y limpiar su alma, obrando en el nombre de la Iglesia y sus designios, con el objetivo de enmendar sus errores y alcanzar la gloria. Un claro ejemplo de esto se dio durante los años 1095 hasta casi el 1291, periodo en el cual se dieron incursiones militares de gran magnitud conocidas como las cruzadas, que marchaban en el nombre de Dios y la iglesia hacia la recuperación de tierra santa tomada por parte de los infieles y que su gran magnitud se dio gracias a que esta era una forma de redimir los pecados y llegar al cielo. Un precio “razonable” para lo que terminó con la ruina y la desgracia de millones quienes marcharon hacia el oriente en busca de la salvación y solo encontraron sangre y muerte.

Aun siguiendo con la idea de las muertes malas, quedan dos que caben mencionar que bien estas podrían ser un boleto directo al infierno y haber llenado sus intermediaciones. Eran estas muertes las cuales podemos considerar como “brutales”, muertes violentas, inesperadas y que no daban cabida siquiera a la opción de librarse de ellas: la muerte del guerrero y la del hombre asesinado. La primera tenía una posibilidad de salvación, ya que los hombres que marchaban a la batalla eran comúnmente bendecidos por sacerdotes o bien se habrán confesado y comulgado; también éstos pudieron haber caído en la lucha contra los infieles, como se había mencionado anteriormente con el caso de las cruzadas, en las cuales asesinar a un hombre no se consideraba pecado si era por el bien de la fe y si este era un infiel. Y éstos no eran los casos, solo se podía esperar su condena en el juicio final o por lo menos un entierro digno. En el segundo caso era muy difícil acreditar si bien el hombre o la persona asesinada fue un fiel creyente o una persona justa y no un pecador, en esos casos solo los testimonios de la familia, los vecinos y conocidos ayudaban al destino de esa pobre alma que no tenía más que esperar en el purgatorio hasta su juicio divino.

Pero existía una circunstancia la cual era diferente a todas las anteriormente mencionadas que representaba un problema para la fe y la religiosidad medieval de la época y era el hecho de quitarse la vida.

“... había un umbral que la iglesia no estaba dispuesta a franquear: el suicidio. Este fenómeno social siempre fue en contra de la base del dogma cristiano: uno no puede renunciar por sí mismo al don de la vida que Dios ha dado a sus criaturas. Otras criaturas, otras creencias se deshacían de él con más facilidad... pero la fe cristiana basó demasiado su éxito en la esperanza de un más allá resplandeciente que podía ganarse por medio de los esfuerzos que se hicieran aquí abajo, de modo que deshacerse del don de la vida de golpe se consideraba inconcebible y criminal”. (Fossier, 2008, 112).

Tal como narra Fossier, el suicidio no era considerado como una muerte la cual correspondiera a las tradiciones y por sobre todo, las ideas planteadas por la iglesia. El camino fácil a la muerte sólo conduciría al infierno y no a la gracia divina ya que, el don de Dios otorgado no se podía negar. El suicidio es una conducta del fracaso; es siempre un sentimiento de hastío hacia uno mismo y un ataque directo al creador. Y eso se dejaba apreciar también en el arte, dando ejemplos claros de que sucedía con los que se atrevían a pensar en quitarse la vida y renegar la salvación de Dios, como es el caso de “el suicidio de Judas”, obra del pintor italiano bajomedieval Giovanni Canavesio (Figura 8)., quien pinta a Judas Iscariote ahorcado, colgado de un árbol mientras un demonio extrae de su cuerpo abierto y con los órganos colgantes una pequeña figura de el mismo, representando su alma, la cual vivirá los peores castigos del infierno. Lo grotesco y horrible de la pintura da una imagen clara y directa de lo que representa el abandonar el camino de Dios y cuáles son sus consecuencias. El horror plasmado en el rostro de Judas mientras sus ojos apuntan directamente a cómo le arrancan el alma de forma cruda refleja los horrores infernales a los cuales se puede estar destinado. La forma bestial del demonio también influye en los horrores que se generan en las personas que observan la pintura. Una criatura con alas de murciélago, una cola de reptil, grandes y afiladas garras en manos y pies, cuernos y que posee

otro rostro en su zona baja era pesadillesco. Este tipo de imágenes mantenían a raya las conductas sociales o bien lo trataban de hacer, los ejemplos de la condena eterna en el infierno volvían temeroso de la ira de Dios a cualquier persona del medievo.

Ahora bien, muchas de estas conductas se disimulaban a menudo, se evitaban o encubrían una muerte así por parte de sus seres queridos o familiares para evitar la condena pública, la cual era la principal de las preocupaciones en algunos casos; además, no son muchos los ejemplos de hombres y mujeres ilustres o nobles de los que se tengan registro de su muerte bajo esta circunstancia a lo largo de mil años. Entonces cabe preguntarnos ¿Solo se producía esta conducta al suicidio en casos de gente pobre, porque tenían muchos más motivos por los cuales estar desesperados? Hay que tener en cuenta el tiempo en el que estamos enfocados, tiempos en los cuales los hombres en cuatro quintas partes, se matan, y en la época medieval, tres de cada cinco casos eran por ahorcamiento y una cuarta parte por ahogamiento. Y al momento de juzgar, quizá la Iglesia se equivocaba, pero cuando la muerte era obvia, el culpable, considerado un criminal o más bien su cuerpo, era arrastrado por el suelo y colgado públicamente dejando en evidencia su castigo en la tierra.

2.2 El después de la muerte

Ya después de que el moribundo dejaba esta vida para avanzar a la siguiente, se asimilaba que ya no era más que un cuerpo sin vida y se dejaban claras cuáles fueron sus causas de muerte, aún quedaba un momento importante el cual cumplir: que es lo que se hacía con el cuerpo.

Esto tiene una clara respuesta, darle un entierro cristiano digno. Se tomaba y limpiaba el cuerpo se le envolvía en un sudario, dependiendo de que si era rico o no éstas podían ser finas telas o un simple trozo de paño, y se le depositaba en un ataúd de madera para finalmente ser enterrado en la tierra. “Las sepulturas constituyen un ámbito muy apreciado por quienes realizan excavaciones, ya que en ellas encuentran las prácticas, momentos y todo lo que rodea a la muerte. La

cremación, ya debatida antes del triunfo cristiano, desapareció casi por completo, salvo en lo que respecta a los condenados a la hoguera, cuyas cenizas se dispersaban. Por lo tanto, los muertos se inhumaban”. (Fossier, 2008, 114).

Pero hay una frase citada por el mismo Fossier la cual dice: “el mundo está hecho más de muertos que de vivos” y eso nos da pie a preguntarnos: ¿Qué es lo que sucedería si llegase a faltar espacio? ¿Se abrían fosas comunes para enterrar pilas de cadáveres uno tras otro, para escándalo de los familiares que esperan un entierro digno? ¿Y qué sucedía en casos de epidemias, como lo fue la peste del siglo XIV? Como habíamos comentado anteriormente con la imagen de los ciudadanos de *Tournai* enterrando a las víctimas de la peste (Figura 6), éstas no podían ser quemadas por ningún motivo ni aunque las consecuencias de que la plaga se esparcieran. Y en el caso de carecer de espacios de donde enterrar a los difuntos, bueno normalmente sucedía pero en los lugares donde se sepultaban a santos o monjes conocidos, ya que eran muchos aquellos que como último deseo, comúnmente la gente bien nacida, querían ser enterrados cerca de estas tumbas.

Incluso en el caso de un difunto modesto, el cortejo fúnebre debía tener un aspecto solemne, puesto que conducía a un hombre hasta Dios. Si se trataba de un rey, era una ceremonia de carácter político. Un ejemplo de esto es la miniatura del funeral de rey Offa de Mercia, del siglo VIII (Figura 9), donde aparece su ataúd decorado con finas telas y reliquias, rodeado de monjes y sacerdotes que guiaban la ceremonia. El hecho de que pertenecían a la realeza volvía este momento un rito simbólico mucho más político que espiritual y social como lo sería en el caso de la gente más común.

El lugar donde comúnmente era la inhumación o entierro era en el atrio, un espacio público pero a la vez sagrado. Estos atrios desempeñaron durante la época medieval un papel importante y a la vez difícil de explicar. Se trataba bien, de un espacio (normalmente consistía en más de una hectárea) de asilo y paz. Importantes para las comunidades ya que era un centro donde las personas podían estar y formular sus vidas cotidianas, como realizar asambleas y reuniones que concernían a todos los habitantes del poblado, como también ser un lugar

santo y de descanso. Existían también poblados o ciudades donde los muertos eran enterrados en los lugares más alejados posibles, como los caminos en el exterior de las ciudades y en cementerios alejados de los habitantes considerados necrópolis. Pero hay que destacar el hecho de que estos lugares de descanso eran conocidos y respetados por aquellos que mantenían a los suyos en éstos sitios, lugares de recuerdo y de alguna forma, cercanía con aquellos que ya no estaban presentes.

Y es cuando nos planteamos un culto a los difuntos. Una valoración a la memoria de los muertos. Era precisa entonces la costumbre del “duelo” como le decimos actualmente, este periodo en el cual se debía más aclimatar al muerto que sosegar a los vivos, honrar su memoria y velar por su lugar de descanso sea seguro y óptimo para hacer espera al día del Juicio Final donde, según se profetizaba en las sagradas escrituras los muertos volvieran a caminar entre nosotros en la llamada Encarnación para así ser juzgados.

Y aunque se tratase de un muerto humilde, este tenía derecho a danzas y fiestas, a oraciones y plegarias en los días dedicados a esto como lo era el día de “todos los santos”. Estos hechos se van interiorizando y normalizando en las costumbres de las personas del medievo y a su vez se otras ideas con relación a la muerte, como lo es la muerte misma, ¿El muerto en verdad lo está? Las declaraciones de la Iglesia eran claras y tajantes: la separación entre el alma y el cuerpo era absoluta; solo el Juicio Final podría volverlos a unir. Pero esto no lograba convencer a la gente, que temerosa de la idea de que sólo existiesen dos finales para el alma aun planteaban la idea de la muerte como algo que podía estar sujeto a cambios.

Estas nociones fortalecieron la formación de la idea de un culto a la muerte, o más bien un culto a los difuntos, que no tenía nada que ver con costumbres de carácter pagano si no que más bien estaban estrechamente relacionadas con la tradición cristiana de lo que le sucedía tanto al alma y al cuerpo, si su camino era directamente hacia el infierno o el cielo; o quizá había una tercer opción, el purgatorio. Y si bien esto tiene una gran significancia, en especial en lo cultural y

social de la época medieval, se profundizará mucho más adelante conforme se avance en los temas de estudio.

2.3 Los momentos escatológicos

Dentro de la escatología cristiana, se tiene conocimiento de la existencia de las postrimerías o bien, momentos escatológicos, los cuales son cuatro momentos por los cuales el alma del ser humano pasa al momento de fallecer: la muerte, el juicio, el infierno y la gloria. Del primero se han hecho conocimiento a lo largo del capítulo ya que es un tema de estudio mucho más cercano al tener más relación con el mundo de los vivos, su estudio es mucho más concreto de analizar. Pero con los otros momentos es más complicado: el llamado juicio, momento en el cual el alma es juzgada por sus obras o pecados en tierra y decidir si esta ascenderá, descenderá o se mantendrá en el purgatorio; el infierno, el máximo castigo para aquellos que vivieron vidas de criminalidad y pecado; y la gloria, el eterno descanso del alma en los campos celestiales de Dios, todos estos momentos no tienen más sustento teórico que las mismas sagradas escrituras, por lo que en gran medida lo que se conoció y entendió durante la época medieval de lo que existe más allá de la vida era gracias a lo que la iglesia decía.

Y de la misma forma, al momento de expresar artísticamente a través de la pintura dichos momentos, tomaban un peso mucho más grande que solo con la narrativa. El arte medieval como lo fueron los cuadros y frescos ayudaron mucho a esto. Poder observar los horrores del infierno o las glorias del cielo hacen que tengan un valor mucho mayor y los vuelven una constante en la mente de la gente que va formando poco a poco un miedo hacía estos momentos. La expectativa de los cristianos oscilaba a partir de entonces entre una esperanza, la de la salvación y la vida eterna, y un miedo, el de la condena y una muerte eterna que la que los condenados sufrirán las persecuciones de los demonios. Pero la gente no le temía al cielo, no claro que no, el cielo y la gloria eran lo que más anhelaban en la vida terrenal. Le temían al infierno y todo lo que esto representaba. Aprendieron a temer al cómo se moría y de qué forma sucedía ya que su mayor preocupación

era en donde terminarían por la eternidad, miedos que, cabe destacar, antes no se tenían. Adoptaron y asimilaron estos momentos como propios y los hicieron algo más grande que sus propias vidas, y el miedo al infierno, que muchas veces era más fuerte que la esperanza del paraíso, se volvió parte fundamental de la psicología y la mentalidad medieval.

El cristianismo, como plantea Jacques Le Goff, es una religión de la salvación. Lo más importante para los hombres y las mujeres de la edad media es asegurarse la salvación, pues, sea cual fuere el poder de Dios, es el hombre el que, por sus actos, sus virtudes o sus vicios, su piedad o su impiedad, se gana la vida o la muerte eternas. (Le Goff, 2009, 161).

Y son dos los momentos escatológicos a destacar en esta oportunidad, momentos los cuales han sido plasmados en el arte medieval en incontables oportunidades y fueron parte fundamental de los miedos a los cuales estaban sometidos la gente medieval: el infierno y el Juicio Final.

2.3.1 El infierno

Existe un lugar, en todas las tradiciones y religiones, oscuro y tormentoso, alejado de lo que se conoce como el mundo de los mortales, en lo más profundo de la tierra el cual, sumido en el fuego y roca fundida era el hogar de criaturas y monstruos aterradores, donde los condenados llegaban a sufrir las penas de la eternidad. El infierno es uno de los sitios más interiorizados en la mente colectiva de las personas a lo largo de la historia. Todas las culturas poseen por lo menos uno y el de la cristiandad es uno de los más conocidos dentro de la cultura occidental. Tan fácil es llegar a éste, solo hay que sucumbir al pecado y las tentaciones que se nos presentan a lo largo de la vida terrenal pero tan difícil de evadir, el infierno fue entonces, uno de los temores más grandes de la sociedad medieval.

Giovanni Canavesio en un fragmento de uno de sus trabajos en fresco nos muestra a “los condenados o pecadores en el infierno” (Figura 10), donde a

primera vista lo más destacable de la obra son los demonios torturando y castigando a las almas sentenciadas. Dichas criaturas se ven representadas con formas antropomórficas y con características de bestias salvajes, devorando o atacando a los condenados. El dolor y el sufrimiento que se refleja en los rostros de las almas es aterrador, su desesperación por intentar huir de ese lugar y como los mismos demonios los detienen jalándolos de sus extremidades da a entender que no existe escape alguno de aquel lugar. Un gran esqueleto se posa por sobre éstos condenados, entre una enorme bestia boquiabierta y el cuerpo de un condenado. Durante esta época la muerte era usualmente representada bajo esta figura, la de un esqueleto de huesos limpios y expresiones perversas. Entre los condenados se puede apreciar también, que no solo hombres y mujeres del continente europeo están ahí, sino que además hay representaciones de extranjeros de medio oriente, los comúnmente conocidos como infieles, a los cuales también se les tenía prometidas las penas del infierno. Esta representación del infierno y especialmente enfocada a los castigos que sufren los condenados a éste nos deja la idea de que es un lugar donde reina el caos, el dolor y la agonía.

Otra representación también a destacar del infierno es la obra homónima del pintor bajomedieval Giovanni de Módena (Figura 11), quien pinta sobre el infierno y específicamente la condena del profeta del Islam Mahoma, a quien se le puede observar siendo devorado por lucifer sentado en el medio de la pintura, el cual a la vez lo va expulsando por otras boca situada en el parte baja de su torso. A su alrededor se pueden distinguir diferentes escenas donde demonios más pequeños torturan, sodomizan y castigan las almas de los pecadores que se encuentran ahí. Esta vez los demonios son representados como criaturas aladas con enormes cuernos y colas, aun adoptando formas antropomórficas con características bestiales. Se logra apreciar además que pareciera que el infierno está dividido por murallas de roca las cuales dan la impresión de ser secciones de éste, donde cada alma es torturada y sentenciada de una forma diferente, esto se debe a que el pintor italiano se inspiró para esta pintura en la obra de Dante, “La divina comedia”, específicamente el canto XXVIII, ya que para Dante, Mahoma era un “sembrador de escándalo y cisma”. La representación de un infierno individual

para cada tipo de condenado tiene mucha similitud con los conocidos “pecados capitales”, los cuales eran los males más comunes y terribles de los que las sagradas escrituras hacen alusión, y de los cuales el mismo Dante usa para dar una visión del infierno.

Pero en la parte superior de la pintura sucede otro escenario totalmente diferente, el cual es la representación del paraíso y de un evento específico, la coronación de la Virgen, siendo custodiada por el arcángel San Gabriel el cual tiene a sus pies el infierno. Esta obra de carácter dicotómico tiene una estrecha relación con las creencias medievales, ya que nos muestra dos escenarios completamente diferentes el uno del otro pero que son parte de un mismo concepto, el destino de cada alma en el más allá.

2.3.2 El Juicio Final

El Juicio Final es el último de los momentos escatológicos planteados por la cristiandad. Es el momento en el cual Dios vendrá a la tierra para decidir y anunciar la suerte eterna de todos los humanos desde la creación y las almas del purgatorio serán juzgadas ante los ojos del creador. Pero a la vez como las almas son juzgadas ocurren una serie de eventos terribles, catastróficos y calamidades que asolan la tierra, que en la biblia es narrada en el libro del Apocalipsis, el fin de la tierra y todo lo terrenal en manos de una terrible guerra entre las fuerzas del bien; Dios y los ángeles contra el mal; el diablo, los demonios y demás monstruos del inframundo.

Claro está que no en todas las obras artísticas esto era retratado exactamente de esa forma, ya vemos el caso de la pintura anteriormente señalada del pintor renacentista Pieter Brueghel “El triunfo de la muerte” (Figura 5), donde si bien se muestra como la peste negra arrasa con Europa durante el siglo XIV ésta no deja de tener una enorme carga escatológica, ya que se nos presenta a la muerte misma comandando una armada de muertos, esqueletos en este caso, dando a entender su objetivo: la búsqueda de la ruina de la sociedad y el esparcimiento de la muerte sobre la tierra, una idea fuertemente relacionada con el Juicio Final y el

apocalipsis y que durante la época de la peste y en las zonas donde la enfermedad estuvo más presente se veía de cierta forma muy similar el ambiente a un escenario de cataclismo, viviendo casi la cólera de Dios.

Pero si de obras donde se retrata el Juicio Final hablamos, la obra tríptica del gran pintor flamenco renacentista Hans Memling de nombre homónimo (Figura 12) es una de las más destacadas. En ésta se nos presentan tres escenarios: por la izquierda se encuentra el cielo, a su derecha el infierno y en el centro la figura principal de la obra, a Cristo acompañado de santos y ángeles observando cómo las almas son juzgadas de la mano del arcángel San Miguel, quien es el encargado de portar la balanza con la cual se ejerce el juicio. Si nos enfocamos desde el centro hacia los costados se logra apreciar como las almas de las personas son pesadas, con el objetivo de valorar sus acciones y saber si son dignos del paraíso o sentenciados al infierno. Paraíso en cual se ve reflejado como una gran entrada en forma de catedral, rodeada de ángeles que tocan música armoniosa y guían a los bienaventurados a su salvación. Pero en el otro extremo nos encontramos con el infierno, el cual es demostrado como una enorme fosa de la cual emerge fuego y azufre, donde los demonios arrastran a los condenados de sus extremidades o clavados con sus trinchos o picas, lanzándolos a este abismo de fuego y dolor.

El uso de colores vivos y templados tanto en el paraíso como en el infierno nos da impresiones más vividas de lo que está aconteciendo, dándole más significancia y lucidez a las imágenes. De la misma forma se ve en uso de colores dorados alrededor de la figura de Jesucristo y los santos, denotando el simbolismo divino en su presencia.

Estas representaciones del Juicio Final son sin duda una clara muestra de cómo eran percibidas estas ideas extraídas de las sagradas escrituras y representadas por los artistas del periodo bajomedieval/renacimiento de tal forma que se plasmaron en el subconsciente de las gente como ideas verdaderas de que sucedería en el día en el que, como se tiene creído, Dios o Cristo descienda de

los cielos y sabremos si es que fuimos personas de bien o pecadores, listos para recibir nuestro destino.

3 CAPÍTULO III: LA DIMENSIÓN MACABRA DE LA MUERTE

El arte y la muerte son dos conceptos que van muy de la mano durante la Edad Media. “No hay una época que haya impreso a todo el mundo la imagen de la muerte con tan continuada insistencia como en el siglo XV” y en especial, como se ha mencionado antes, de la mano de la iglesia y la tradición cristiana. (Huizinga, 1982, 194).

Y como se ha mencionado, la muerte tiene un profundo impacto en la mentalidad de la gente medieval y en su espiritualidad. Pero no sólo en ese aspecto influyó en la vida cotidiana de la persona medieval, sino que también en relación con lo terrenal, lo material, lo tangible y palpable de lo que rodeaba al hombre y la mujer de la Edad Media.

Y fue durante este último tiempo de la época medieval, entre los siglos XIV y XV que las personas empezaron a relacionar la muerte desde lo terrenal con un sólo y gran elemento distintivo y de importancia: el elemento de la caducidad de la vida humana. Es como si el espíritu medieval en su última época no hubiese sabido contemplar la muerte desde otro punto de vista que no fuese el de la caducidad únicamente. Y son dichas ideas las que dan pie a otros planteamientos de ésta misma época enfocadas bajo ciertas enigmáticas relacionadas con este concepto: ¿Qué sucedió con lo que alguna vez llenó el mundo con su gloria, con su belleza? ¿Por qué algo tanpreciado para este mundo debe vivir el tormentoso final de la corrupción de la carne? ¿Qué clase de juego irónico es aquel que obliga al hombre a danzar con lo que alguna vez fue humano y ahora sólo es profano?

3.1 Lo bello, lo corrupto y lo macabro

Ya se ha mencionado antes y es importante recordarlo porque, uno de los aspectos que más destacan del ser humano durante la Edad Media es lo que éste expone ante el mundo, lo que muestra a los demás, lo que define de forma simple y directa, lo que es en esta vida. Y la apariencia, lo bello de las personas es lo primero que se arrebató la muerte de este mundo.

“¿Qué queda de toda la belleza y la gloria humana? Sólo el recuerdo, solo un nombre. Pero la melancolía de ese pensamiento no basta para satisfacer la necesidad de horror que se siente ante la muerte”. (Huizinga, 1982, 197). Por eso las personas de la época medieval sintieron espanto al percatarse de la caducidad y la corrupción de un cadáver, de esta metamorfosis que vive el cuerpo ante éste proceso de la muerte, un hecho tan natural pero que en aquel entonces sintieron en la necesidad de incorporarlo a la vida y darle un significado mucho mayor del cual se tenía. Y es sólo en la corrupción del cuerpo en el cual cae su mayor interés, pero no así en lo que sucede después, ya que la corrupción de cuerpo posee un término y ése es el volverse una pila de polvo y huesos, pero esto no llamaba tanto la atención como el proceso mismo, lo verdaderamente impactante. Y es un sentimiento que siempre ha estado ahí, uno de asco por la vejez, a la enfermedad y a la muerte, tres acontecimientos que tienen algo en común: la pérdida de la belleza corporal. Porque el ser humano es superficial y solo le importa lo que puede ver y lo que puede tocar. Y es cuando Huizinga cita una frase del santo Odón de Cluny “la belleza del cuerpo está solo en la piel, pues si los hombres viesan lo que hay debajo de la piel, sentirían asco a la vista de las mujeres. Su lindura consiste en mucosidad y sangre, en humedad y bilis. El que considera todo lo que está oculto en las fosas del cuerpo y en la garganta y el vientre, encuentra por todas partes inmundicias. Y si no podemos tocar con la punta de los dedos una mucosidad o un excremento ¿Cómo podemos sentir el deseo de abrazar el odre mismo de los excrementos?” (Huizinga, 1982, 199) y de la misma cita: Odón de Cluny. *Collationum. Lib III, Migne*, T. CXXXIII. Página 556.

Ésta es una reflexión que data del siglo X pero que no se aleja para nada de lo que hasta nuestros días es una realidad latente. El ser humano le da mucha importancia y valor a la belleza, tanto así como se plantea que si nos concentráramos únicamente de lo que está hecho el cuerpo en su interior ni la simple acción de realizar un saludo cordial sería posible, ni siquiera se tendría tolerancia al cuerpo personal. Queda entonces demostrado que existía un enorme sentimiento materialista durante esta época, el cual no podía soportar en lo más mínimo la idea de la caducidad de la belleza. Y mucho menos de la belleza femenina, ya que en una sociedad en la que la mujer no poseía roles tan poco variados o destacables, una de sus características por las cuales sobresalía era por su belleza: la bella doncella, la dulce princesa o misma figura de la inmaculada Virgen son un claro ejemplo de ello. La caducidad del hombre era en cierto modo más aceptada, ya que los hombres tendían a cumplir roles sociales muchos más fuertes y duros: el guerrero, el caballero, el jornalero y como otros, eran ciertamente profesiones que tendían a desgastar la vida y en consecuencia, lo bello del cuerpo.

Y cuando lo bello se vuelve profano, corrupto y caduco adquiere el valor de lo macabro; se vuelve repulsivo a los ojos de las personas y muestra lo más horroroso de la muerte. Porque existe una diferencia entre el horror y la sugestión que genera el miedo a la muerte de forma espiritual, que llega a incluso ser aceptable que el de la muerte en el momento, en lo real, lo terrenal, ya que ésta adquiere un valor único y crudo, uno del cual nadie espera vivir ni ser testigo de él. Afrontar la muerte a la cara es uno de los terrores primigenios de la humanidad y del cual los movimientos artísticos de los tiempos medievales se encargaron de que siempre estuviese presente, con la idea del *memento mori*, el “recuerda de morirás” una frase tan antigua y simple pero con un valor simbólico enorme, en especial en los movimientos artísticos y literarios de esta época, que le recuerda al ser humano la fugacidad de la vida, lo corta y breve que puede ésta llegar a ser, casi como una especie de *carpe diem* pero con una significancia mucho más siniestra. El *memento mori* es entonces este recordatorio al ser humano, al rey, al sacerdote, al guerrero, al mercader, a los hombres y mujeres de la Edad Media

que su muerte es inevitable y deben ser conscientes de ello, nada en esta vida terrenal es eterno, todo posee un término y ese es la muerte. Un ejemplo de esto es el autorretrato del pintor y grabador renacentista Matthaus Merian (Figura 13), en el cual se puede observar cómo con una simple ilusión óptica al dar vuelta dicho retrato se nos presenta a este pero de forma más macabra, dejando al descubierto un rostro cadavérico y en descomposición.

3.2 La danza de la muerte

Una característica antes mencionada al momento de representar la muerte en el arte pictórico e ilustrado durante la época medieval era en la forma de un esqueleto, uno el cual tendía a cobrar vida y ejercía movimientos los cuales este tenían similitud al baile y el llamado o la búsqueda para ser acompañado. Y es que el sentido del *memento mori* en el arte se veía reflejada perfectamente en la idea de la danza de la muerte, esta idea que consiste en ver a los muertos levantarse y cobrar movimiento para bailar a los pies de las tumbas a modo de festejo, ¿Pero cuál era el porqué de esta escena tan increíble y aterradora? La danza de la muerte es bien, una de las forma en las que el *memento mori* se hacía presente en la vida de las personas, como lo habíamos mencionado antes, ya que eran muchas las imágenes y pinturas en las cuales se puede observar cómo es que los esqueletos son los que, sin importar quién o que estuvieran haciendo las diferentes personas en las imágenes, éstas eran llevadas por ellos, guiadas hacia este festejo, este baile hacia la muerte.

Y ejemplos en el arte hay muchos, como el fresco del triunfo de la muerte y la danza macabra del pintor italiano bajomedieval Giocamo Borlone (Figura 14), el cual nos presenta dos escenarios. El primero muestra a la muerte coronada sobre un sepulcro en el cual se pueden ver diferentes personas y a sus pies, reyes, nobles y sacerdotes rindiéndole misericordia, ofreciéndole tributo y pidiéndole por sus vidas. Al lado de la muerte coronada se encuentran dos esqueletos, ambos armados: uno con un arco y flechas, armas relacionadas comúnmente con la muerte en diferentes relatos sagrados y el otro con un arcabuz, un antiguo

prototipo de fusil. A su vez, en ésta se encuentra pintada la parábola de los tres vivos y los tres muertos, un relato común de la iconografía de la muerte durante de la Edad Media, la cual narra la historia de tres jóvenes nobles quienes se encuentran inesperadamente con tres muertos, lo que provoca en ellos rechazo y repulsión, a lo que éstos les narran acerca de sus grandezas y bienes terrenales en vida y como ésta ahora no significaba nada, ya que la muerte le llega a todos sin importar que tan ricos o grandioso fuese, haciéndoles alusión a que ellos también les llegaría el momento. El segundo escenario muestra a la danza macabra o bien la danza de la muerte, donde los esqueletos van guiando a los vivos hacia su final.

Otro ejemplo de esto lo podemos observar en la obra del pintor alemán Bent Notke la danza de la muerte (Figura 15), donde se aprecia el tema más recurrente en este tipo de pinturas, a la muerte rondando y llamando a ir con ella al rey y los nobles, a las damas y clérigos, a todas estas personas. “En ninguna parte estaba tan en su lugar aquella muerte parecida a un mono. Riendo sarcásticamente, con el andar de un antiguo y tieso maestro de baile, invita al papa, al emperador, al noble, al jornalero, al monje, al niño pequeño, al loco y a todas las demás clases y condiciones, a que le sigan.” (Huizinga, 1982, 206).

Ésta es exactamente la idea que vemos ser representada en esta pintura, pero hay algo más que se puede destacar y que tiene relación con el tema de lo macabro, tema que nunca se deja de lado en este tipo de trabajos, y es en la descomposición en la que aún se encuentran los cuerpos de los que, son representaciones de muertos y no precisamente la muerte misma. Ya que estos son, o bien, fueron personas las que guían y se representan en varias de las obras relacionadas a la danza de la muerte, con cuerpos en claro está de putrefacción, cubiertos aun con túnicas o mantas y danzando alegremente entre los vivos.

Una de las imágenes más reconocidas de la danza de la muerte es la obra homónima del pintor y grabador prerrenacentista alemán Michael Wolgenut (Figura 16), en la cual son cinco los esqueletos los que presentan, cuatro de ellos danzando alrededor de la tumba de uno, a modo de despertarlo para que se

uniese a la danza. Se logra apreciar como la descomposición de los cuerpos aun es clara, no son esqueletos limpios, estos aún presentan carne y pelo, órganos colgando mientras estos se mueven al ritmo de la música, riendo a carcajadas, casi como si disfrutaran del estar ahí, haciendo eso, perturbar y aterrorizar a los vivos. Es verdaderamente una imagen aterradora y surreal las que se presentaban de la muerte.

Un artista el cual cabe mencionar es Hans Holbein el Joven, un pintor y grabador alemán del renacimiento el cual durante el tiempo en el que vivió fue testigo de las reformas protestantes y bajo ésta misma influencia recreo varias de las escenas clásicas de la danza de la muerte, como lo son la muerte llevándose a un monje aterrado (Figura 17), la muerte llevándose a rastras a una monja de un convento ante la mirada y las súplicas de otra (Figura 18), y la muerte llevándose al pequeño niño ante la mirada aterrada y desesperada de sus padres. Si bien estas imágenes pueden carecer de originalidad ya que dichas ilustraciones fueron realizadas durante el siglo XVI y el tema de la danza de la muerte ya había sido más que profundizado, Holbein refresca, por así decirlo, este tema y le da más vida a los esqueletos y espectros que aterran a las personas, los muestra como verdaderos maestros del baile en un contexto tan terrible y macabro como lo hacía reflejar.

La danza de la muerte es al final, el reflejo más claro de lo que era el miedo y el terror de la gente de la Edad Media a la muerte, demostrando su enorme temor a éste final que era igual para cada una de las personas que vivían en aquel entonces y reflejando lo más aterrador y profano de lo cual se tenía claro conocimiento, la descomposición y putrefacción del cuerpo y la carne y por consiguiente, la pérdida de la belleza y la gloria humana.

CONCLUSIÓN

Si bien los temas de estudios acerca de la Edad Media y relacionados a los movimientos artísticos no son una novedad cabe recordarlos y refrescar algunos puntos importantes de éstos, ya que una de las formas con las que la humanidad ha inmortalizado sus pensamientos y emociones desde el principio de los tiempos hasta la actualidad, ha sido por medio del arte. Y no es sino la pintura el método mayormente empleado y el cual mejor expresa sensaciones las cuales en palabras es difícil lograr.

Es por eso que el tema principal de este proyecto de investigación fue la muerte, ya que es un momento único para cada persona en la vida, tanto para quien la vive como para aquellos quienes están a su alrededor y enfocarse en tiempo histórico entre finales del medievo e inicios del renacimiento dio chance de comprender como este suceso de la muerte era visto y afectaba a las personas y a la vez era reflejado en el arte.

Y es que la muerte para cada persona en la historia está tan interiorizada; más en este periodo debido a la religiosidad de la sociedad, que no cambió casi nada su forma de sentirla, pero sí lo hizo su forma de verla. La Iglesia y la cristiandad se empeñaron en reformular la idea de la muerte para su beneficio de manera que se logaran construir los cimientos de su poder e influencia. Y algo tan banal como lo era la pérdida de un cercano durante los primeros siglos de la Edad Media se volvió un rito en vida con reglas y restricciones, todo eso para lograr la idea de la “salvación del alma”. Existe bien un cambio en la forma de percibir a la muerte durante este periodo histórico, una muerte más cercana a la vida y a las tradiciones, las cuales de cierta forma se han ido perdiendo poco a poco en nuestros tiempos. La muerte dejó de ser un tema relevante en nuestras vidas y ahora forma parte de un segundo plano, sólo volviendo a ser importante cuando surge de sorpresa y nos arrebató una parte de nosotros, algo que no sabíamos que teníamos y que deja una ausencia que en ocasiones no desaparece. Y

cuando lo hace, se vuelve a dejar en segundo plano a la muerte hasta de nuevo no la encontramos, cuando menos se espera.

Tal vez se ha perdido el sentido y valor de la muerte a través de los años, si bien es cierto que la influencia religiosa ya no es la misma, la muerte dejó de ser un miedo latente en la vida de ciudadano actual. Tampoco es para plantear que es necesario vivir preocupado por la muerte todos los días, pero quizá es importante tener en consideración que todos tenemos un final, un término y dejar de sentir a la muerte como algo impersonal o vacío y más como algo que debe suceder, a veces de formas que uno no quisiera pero que termina sucediendo.

Y es que, mucha de la importancia de la muerte en el arte y la pintura durante este tiempo se debe a la influencia de la religiosidad y el valor que esta le daba, tanto así que las ideas de cielo o infierno que dominaron gran parte de los temas de las obras pictóricas fueron demasiadas. No se les permitía olvidar que era lo que les sucedería en la otra vida y el retratar los horrores del infierno y la condena; las torturas de los demonios o el fuego del averno con facilidad.

La muerte fue un tema común e importante en la vida de las personas de la Edad Media, su influencia en el arte pictórico fue amplia y contundente, dejando muchas obras destacables, cada una expresando con claridad cada sensación que deseaban reflejar, en especial con el pasar de los años hasta el final de esta época y el inicio de otra, demostrando una clara evolución en la forma de trabajar pero siempre enfocada al mismo tópico de valor, el final de la vida.

ANEXO

1. Miniatura representando el miedo a los leprosos, ilustración del siglo XIV.



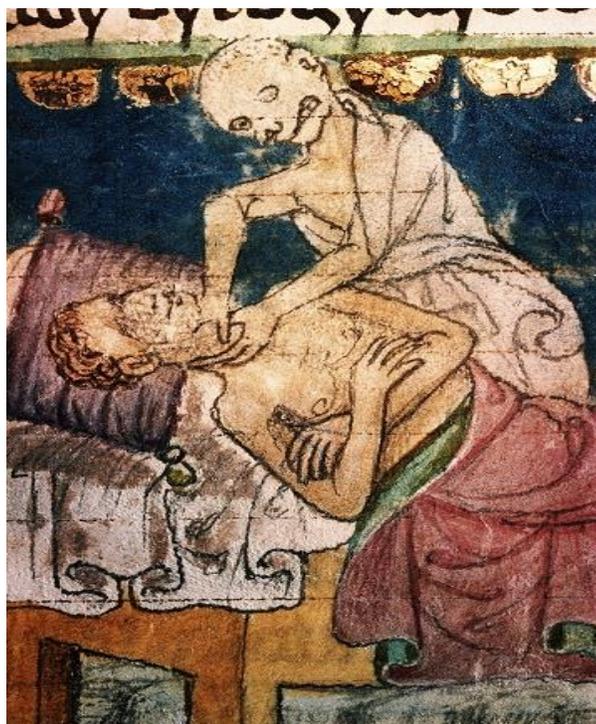
2. Miniatura representando a un leproso lisiado sentado, ilustración del siglo XV.



3. Job atormentado por la lepra, miniatura bíblica de origen catalán.



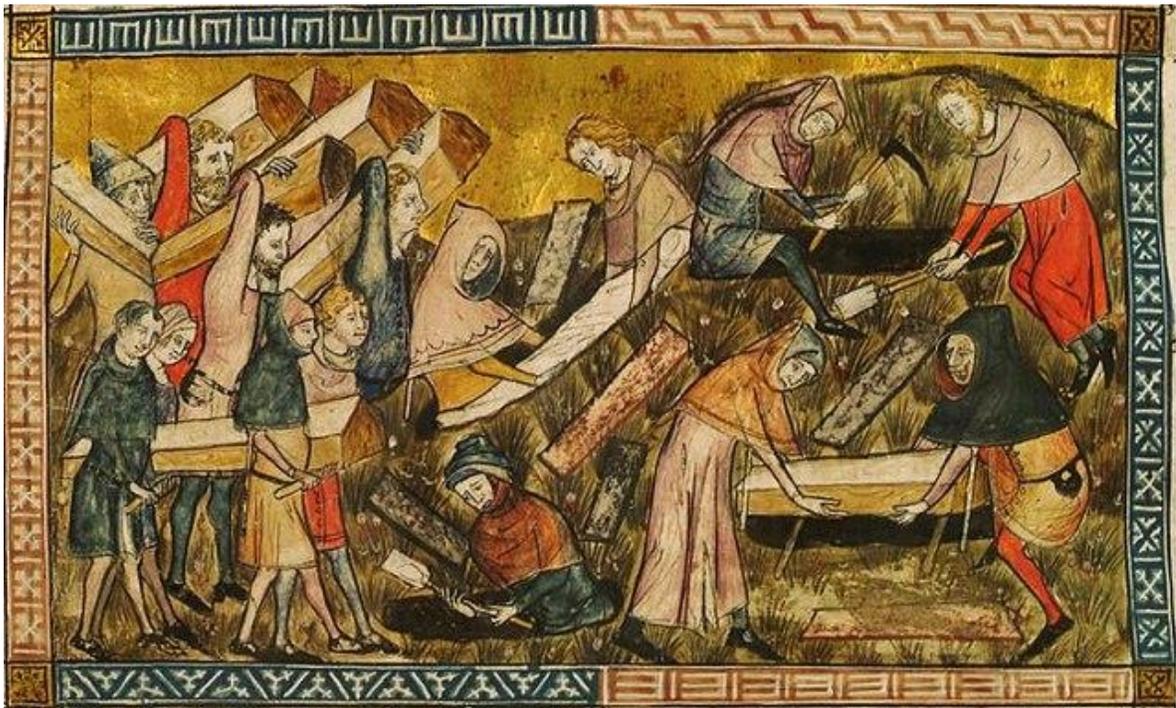
4. La peste acabando con una víctima, ilustración del siglo XIV.



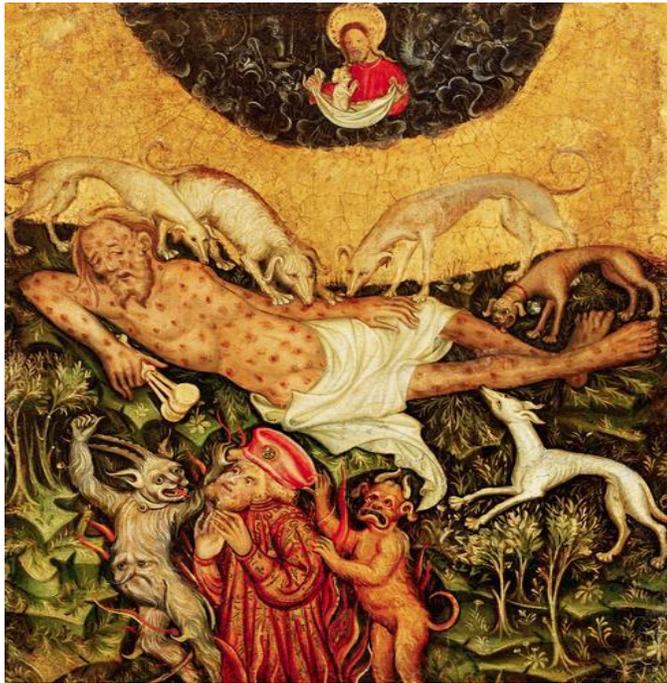
5. Pieter Brueghel el viejo, el triunfo de la muerte, (1562).



6. Ciudadanos de Tournai enterrando a víctimas de la peste negra, miniatura ilustrada del códice Pierart dou Tielt, (1353).



7. Konrad Von Soest (atribuido), la curación de Lázaro, siglo XV.



8. Giovanni Canavesio, el suicidio de Judas, (1492). Chapel our lady of fountains, La brigue, Francia.



9. John Lydgate, funeral de Offa, (1433), códice metrical lives o saints
Edmund and Fremund, Inglaterra.



10. Giovanni Canavesio , los condenados o pecadores en el infierno, (1492),
Chapel our lady of fountains, La Brigue, Francia



11. Giovanni de Módena, el infierno, (1410), pintura tipo fresco de la capilla bolognini, basílica de San Petronio, Bolonia, Italia.



12. Hans Memling, el Juicio Final, (1467-72), pintura realizada en óleo sobre tabla, Gdansk, Polonia.



13. Mattherus Merian, autorretrato, siglo XVI.



14. Giacomo Borlone, el triunfo de la muerte y la danza macabra, (1484-85), fachada del oratorio de discipline, Clusone, Lombardía, Italia.



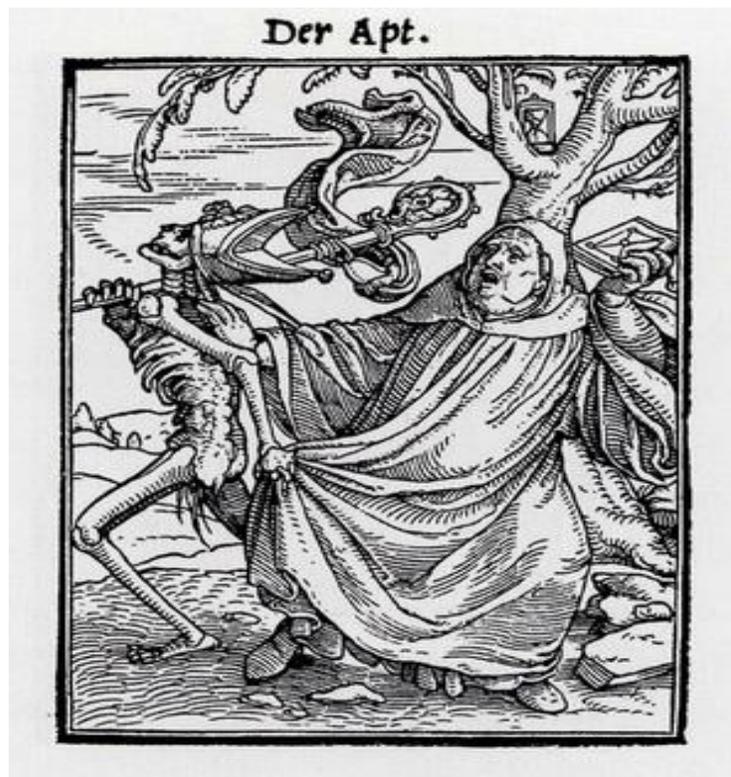
15. Bernt Notke, la danza de la muerte, (1479-99), óleo sobre tela, iglesia de San Nicolás, Tallin, Estonia.



16. Michael Wolgemut, la danza de la muerte, (1493), Alemania.



17. Hans Holbein el joven, grabados la danza de la muerte: la muerte y el monje, les simulachres & historiées face de la mort, (1525-26).



18. Hans Holbein el joven, grabados la danza de la muerte: la muerte arrastrando a una monje fuera del monasterio, les simulachres & historiées face de la mort, (1525-26).



19. Hans Holbein el joven, grabados la danza de la muerte: la muerte y el niño les simulachres & historiées face de la mort, (1525-26).



BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Ariés, P. (2000). *Historia de la muerte en Occidente De la Edad Media hasta nuestros días*. Editorial Acantilado Barcelona.
- Bajtín, M. M., Forcat, J., & Conroy, C. (1974). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* (p. 12). España: Barral Editores.
- Fossier, R. (2008). *Gente de la edad media*. Editorial Epulibre.
- Gombrich, E. H. (1983). *Arte e ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*, Barcelona, 1982. *Arte, percepción y realidad*.
- Gombrich, E. H. (1999) “*La historia del Arte*”. Editorial Diana México.
- Huizinga, J. (1982). *El otoño de la Edad Media*. Alianza Editorial Madrid.
- Le Goff, J. (2009). *Una Edad Media en imágenes*. Ediciones Paidós.
- Wölfflin, H. (2007). *Conceptos fundamentales de la historia del arte*. Editorial Espasa Calpe.
- Wölfflin, H. (1986). *Renacimiento y barroco* (Vol. 8). Ediciones Paidós.